

**Jeremy Rifkin**, *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*. Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2004, 523 pp.

El nuevo libro del prolífico y original autor estadounidense-norteamericano Jeremy Rifkin es muy bienvenido en estos tiempos de dudas europeas y de incertidumbres internacionales. El propio título pretende mostrar de la manera más explícita a los estadounidenses-norteamericanos, destinatarios principales de la obra, pero también a europeos y otros, por qué su modelo económico-social pierde rápidamente su vitalidad, y no sólo por razones ecológicas, mientras que, al contrario, el «sueño europeo» es en muchos puntos preferible, más equilibrado y finalmente más viable. La obra está bien documentada y correctamente razonada, aunque peca de optimismo tal vez excesivo y en cuanto a ese «sueño» tiende a confundir retórica y realidad; su bibliografía es amplia, aunque hubiera sido deseable agregar algunas obras publicadas en otros idiomas. También pueden cuestionarse, por ser demasiado esquemáticas, algunas comparaciones entre Europa y Estados Unidos que merecerían mayores diferenciaciones entre los propios países europeos. En todo caso, el aporte de Rifkin es sin duda, como sus obras anteriores, de una gran originalidad y sumamente útil para el debate global.

Como muestra el autor convincentemente en la primera parte de su libro, «Nuevas lecciones del Viejo Mundo», es bastante absurdo considerar como mucho más «productiva» o «eficiente» a la economía de Estados Unidos en relación a la europea; dado en particular que el cálculo del PBI tiene poco que ver con la productividad real y menos aún menos con el verdadero bienestar real; si el crecimiento más rápido del PBI en Estados Unidos ha crecido sustancialmente más

en años recientes que el europeo, esto se debe no sólo a un endeudamiento exterior insostenible sino también en medida considerable a gastos improductivos como aquellos ligados al gigantesco aparato militar y policial -este último para combatir una delincuencia varias veces mayor a la de Europa y para albergar la cantidad impresionante de dos millones presos-, así como al mayor costo de su sistema de en materia de salud ocasionado por sus deficiencias de cobertura de un sistema de seguro de salud y por fenómenos como la obesidad que alcanza ya prácticamente un carácter de epidemia. Tampoco se olvida el autor de enfatizar las desigualdades sociales sustancialmente mayores en Estados Unidos y el hecho que los europeos no sólo se toman muchas más vacaciones sino que valoran notablemente más, en general, todo lo referido a la "calidad de vida", que es un concepto bien europeo y desconocido allí. Las crecientes desigualdades sociales en los Estados Unidos, enfatiza el autor, han hundido prácticamente el "sueño americano" del progreso posible para todos, mientras que el generoso sistema social habría transformado a Europa desde 1945 en la verdadera "nueva tierra de oportunidades" (pp. 64-81).

Se discute aquí también el papel de la religiosidad, otro punto que favorece a la Europa ampliamente laica frente a unos Estados Unidos donde sectores influyentes hasta en la propia Casa Blanca son capaces incluso de poner en duda la teoría de Darwin. No es indiferente al avance de un país, por más poderoso que sea en términos militar y tecnológico, que una buena parte de su población suscriba a creencias verdaderamente oscurantistas basadas en una interpretación literal de la Biblia, no sin similitudes con las lecturas fundamentalistas del Corán.

La segunda parte, «La construcción de la edad moderna», analiza los orígenes de la modernidad europea desde la Edad Media, indagando sobre las causas lejanas del actual divorcio ideológico entre ambas orillas del Atlántico Norte. Reflexiona sobre las diferencias entre las concepciones del ciudadano europeo y norteamericano en relación al tiempo, al espacio y a la sociedad. El poderoso individualismo del segundo, útil en épocas anteriores de pionero y conquistador de espacios abiertos, se ha vuelto, afirma, ampliamente contraproducente en tiempos más recientes, cuando el énfasis europeo en la cohesión social se muestra superior en eficacia global al individualismo exacerbado estadounidense. El autor sitúa el nacimiento de los mercados modernos y del capitalismo en su lejana aparición histórica y explica bien por qué en Europa, con su larga tradición de gremios de artesanos y su historia secular de explotaciones inmisericordes del feudalismo y del capitalismo temprano, la identificación de la población con la economía de mercado y el capitalismo en general es mucho más débil y reservada que en Estados Unidos. Se analiza, además de numerosos elementos de la historia de la vida cotidiana, la aparición del estado nación y, de las diversas identidades nacionales de los diversos pueblos europeos, entre otras cosas por la unificación lingüística relativamente reciente, y de su difícil convivencia con las emergentes fuerzas nuevas del capitalismo comercial e industrial. Hay varias referencias bienvenidas a la clásica obra de Karl Polanyi, «La gran transformación», que analiza

precisamente el auge del capitalismo moderno con todos sus profundos traumas sociales hoy pocas veces tenidos en cuenta.

La tercera y última parte, «La llegada de la era global», constituye poco más de la mitad de la obra, contiene nueve de los dieciseis capítulos y trata de bosquejar la realidad compleja del mundo «globalizado», en el cual Europa tendría ya, de antemano, una ventaja importante sobre Estados Unidos:

“En la Edad Moderna, cuando todavía existía una frontera expansiva de recursos, mano de obra y riquezas potenciales por explotar en todo el mundo, el individuo autónomo combativo -la mentalidad del vaquero- era el prototipo comercial ideal, y el mecanismo de mercado era la estructura más efectiva para la apropiación y la explotación de las muchas oportunidades económicas existentes.

En el nuevo contexto comercial globalizado, cada día más complejo e interdependiente, las oportunidades surgen cada vez más no alrededor de apuestas individuales y egoístas, sino de la puesta en común de riesgos y vulnerabilidades. En una economía de riesgo global, la confianza, la reciprocidad y la cooperación pasan a ser valores más importantes para la supervivencia que el rudo individualismo del ‘cada uno por su cuenta’ y el comportamiento basado en la confrontación” (pp. 252-3).

En este contexto, sigue el autor, la Unión Europea es una «hazaña notable». La afirmación es sin duda en sí correcta, dados los logros reales de una construcción europea superando viejas enemistades, aunque su predicción simultánea de que «en el curso de los próximos dos años, su pueblo ratificará una Constitución» (p. 255) se haya vuelto humo al año siguiente de la publicación de su libro. Este capítulo 9 sobre los «Estados Unidos de Europa» es probablemente el más débil del libro: plantea demasiado superficialmente, y deja bastante abierto, tal vez inevitablemente, por el tema la crucial cuestión de la capacidad de absorción y de las fronteras geográficas de la Unión Europea del futuro, uno de los factores fundamentales del malestar europeo de hoy, ante la perspectiva de la controvertida adhesión de Turquía, alentada en particular sobre todo por los Estados Unidos y Gran Bretaña. Este capítulo contiene varias imprecisiones, sobreestima las «competencias exclusivas» de la Comisión Europea y el papel del Parlamento Europeo y ofrece una lectura excesivamente optimista, por no decir ingenua, de la propuesta «Constitución» europea, ya que omite explorar sus puntos cuestionados que llevaron, conjuntamente con otros factores, a su rechazo rotundo por los votantes franceses y holandeses. Sin embargo, identifica bien la problemática central de la integración europea: «La cuestión siempre ha sido: ganamos realmente más de lo que perdemos con el sacrificio de parte de la soberanía nacional a cambio de una mayor seguridad y nuevas oportunidades? En cada encrucijada de los cincuenta años de evolución de la Unión, las naciones y los pueblos de Europa han aprobado, por estrecho margen, la propuesta de reescribir el contrato político para conceder más autoridad a la Unión, renunciando en el proceso a una parte

cada vez más importante de su soberanía nacional.» (p. 260). Los votos negativos de Francia y los Países Bajos, a mediados de 2005, reflejando un difuso malestar social y sobre todo un fuerte distanciamiento entre gobernantes y pueblos, han mostrado con claridad que este proceso puede producir cuestionamientos radicales sobre el rumbo de la integración y sus impactos sociales, reales o percibidos como tales.

En el capítulo 12 sobre el importante y muy sensible «dilema de la inmigración» trata un tema importante y sumamente sensible, ligado a la inmigración y del declive demográfico de Europa. El autor pregunta con razón «para qué sirve el sueño europeo?», si los europeos mismos dejan de reproducirse y si, por otro lado, la inmigración masiva de regiones cercanas, principalmente de Africa del Norte y de Turquía, vista como posible para compensar la falta de niños, se ve frenada por las reticencias de los europeos al respecto. Sin embargo, conviene tal vez diferenciar aquí entre situaciones no siempre idénticas y relativizar las visiones demasiado apocalípticas: si los antiguos países prolíficos como Italia y España están hoy entre los primeros en cuanto a mayor retroceso demográfico, no sucede lo mismo en otros países como los nórdicos.

Aquí tal vez convenía relativizar ciertas previsiones apocalípticas y diferenciar entre los países: si los que eran hace pocas décadas conocidos por ser prolíficos, como Italia y España, están hoy en la vanguardia de esa Europa que envejece rápidamente, y si el declive demográfico es aun más acentuado en los países del antiguo bloque soviético, no pasa lo mismo en otros países como los escandinavos; esto muestra que la fuerte disminución de la natalidad no es ninguna fatalidad absoluta y que intervenciones de la política que dan mayor seguridad y confianza en el futuro a la gente, pueden muy bien ayudar a revertir el fenómeno. Valdría la pena profundizar un poco esta cuestión: países de fuerte tradición católica y de familias más unidas, pero envueltos en el torbellino de la modernización y de la sociedad del consumo, se encuentran en declive demográfico, mientras que otros, más equilibrados socialmente, donde la mitad de los niños nacen fuera del matrimonio, mantienen su población: ¿quién hubiera previsto tal evolución hace pocas décadas?

Siguen luego dos largos capítulos, el 14 sobre política exterior, «Batallar por la paz», y el 15, «Una segunda Ilustración», sin duda entre los más importantes. El primero parte del rechazo europeo de la pena de muerte, incomprensible para muchos estadounidenses aferrados a una justicia basada en la violencia de la «frontera» y en el antiguo «ojo por ojo» ligado a una «visión apocalíptica de un mundo dividido por las fuerzas del bien y del mal» (p. 368). El rechazo a la violencia, que tantas miserias le ha dado al Viejo Mundo, puede incluso ser excesivo, plantea el autor, y comienza a ser relativizado en la actual disposición europea a crear una capacidad militar propia, autónoma de la OTAN, para evitar nuevas experiencias humillantes como en la ex Yugoslavia, donde los europeos tuvieron que intervenir en su propia vecindad escudados en la fuerza aérea estadounidense.

El capítulo 15 sobre la «nueva ilustración» analiza los enfoques distintos frente al avance científico-tecnológico, la relación entre el hombre y la naturaleza y

los grandes riesgos del mundo moderno: aquí todavía el país de los vaqueros es resueltamente optimista y reacio a renunciar a cualquier adelanto de la ciencia o de la tecnología por más riesgos que pueda teórica y prácticamente conllevar, mientras que los europeos, tanto en relación a los alimentos genéticamente modificados como en los productos químicos y otros, prefieren suscribir al «principio de precaución», cuando no están claros los riesgos incurridos. Estas actitudes se reflejan en las posturas opuestas frente al Protocolo de Kyoto y en otras controversias. El europeo común, constata Rifkin, se aleja de la creencia finalmente ingenua de la Ilustración clásica de que la ciencia y el progreso no tienen límites, se preocupa por el medio ambiente, la preservación de la naturaleza, incluso el bienestar de los animales como «seres sensibles»; en este último aspecto, se acerca más a la actitud de Gandhi, para quien «la grandeza de una nación y su progreso moral pueden juzgarse por el modo como trata a sus animales» que a la de Descartes, para quien éstos eran puros «autómatas sin alma», recursos ídestinados al trabajo o al consumo (pp. 447-8).

Entre los pasajes tal vez más significativos del libro, que ayudan a comprender el mundo actual y el papel respectivo de Estados Unidos y de Europa en el mismo, vale transcribir íntegramente aquél sobre la diferencia existente, según el autor, entre la «vieja» y la «nueva» ciencia, y por lo tanto entre los enfoques predominantes en ambas partes:

«Mientras la vieja ciencia se caracterizaba por la objetividad, la expropiación, la disección y la reducción, la nueva ciencia se distingue por el compromiso, la retroalimentación, la integración y el holismo. La antigua ciencia considera que la naturaleza está compuesta por objetos, mientras que la nueva ciencia la considera integrada por relaciones. La vieja ciencia asume el compromiso de lograr que la naturaleza sea productiva, la nueva ciencia tiene el compromiso de conservar la naturaleza. La vieja ciencia trata de dominar la naturaleza, la nueva procura aliarse con ella. La vieja ciencia concede un gran valor al hecho de que el hombre mantenga su autonomía respecto de la naturaleza, la nueva ciencia valora principalmente que el hombre vuelva a participar en la naturaleza. La nueva ciencia nos saca de una visión colonialista de la naturaleza, a la que se ve como a un enemigo al que hay que saquear y someter, y nos lleva a una nueva concepción que ve a la naturaleza como a una comunidad que es preciso sustentar. El derecho a explotar, controlar y poseer la naturaleza en forma de propiedad se ve moderado por la obligación de administrar la naturaleza, tratándola con dignidad y respeto. El valor utilitario de la naturaleza está dando paso poco a poco al valor intrínseco de la naturaleza.» (p. 440)

Estas reflexiones filosóficas se vuelven a encontrar en la parte final, el capítulo 16 sobre las posibilidades de una «universalización del sueño europeo». Rifkin estima que en Asia oriental el surgimiento de una agrupación similar a la Unión Europea es una hipótesis plausible, mientras que en América del Norte la tendencia fundamental apunta más a una absorción de los vecinos por los Estados

Unidos. En Asia oriental, sin embargo, el énfasis en los valores colectivos podría facilitar una convergencia de los países superando viejos antagonismos, y pese a los actuales maltratos al medio ambiente en esta región la concepción básica frente a la naturaleza se parece más a la de los europeos que a la de los norteamericanos. Pero en total, dice el autor, ni el individualismo estadounidense ni el colectivismo asiático aparecen como modelos a seguir, mientras que la posición europea, alejada de los extremos, podría ser la más adecuada. Por otra parte, un poco de optimismo norteamericano podría combinarse ventajosamente con la visión más realista y también más pesimista y escéptica de los europeos.

Lo trágico de la situación del mundo actual, enfatiza Rifkin en un párrafo memorable que parte de las nociones freudianas de los instintos de vida y de muerte, es «que llevamos mucho tiempo creyendo que al volvernos cada vez más autónomos y menos dependientes de la naturaleza podremos garantizar mejor nuestra seguridad y nuestra libertad. Hoy, el instinto de muerte, el agresivo impulso que nos lleva a dominar y a restar vitalidad a la naturaleza, ha reaparecido para atormentarnos mediante amenazas globales como el cambio climático, la proliferación nuclear, el aumento de la pobreza y la agitación social. Habiendo tratado de lograr que nuestra vida fuera más segura, sólo hemos conseguido terminar resultando más vulnerables que nunca. De hecho, hemos llegado al borde mismo de nuestra propia aniquilación. El instinto de muerte ha prevalecido» (p. 483). Líneas proféticas escritas antes del huracán *Katrina* ...

El nuevo libro de Rifkin constituye una reflexión muy bienvenida de un estadounidense lúcido, dirigida sobre todo a sus compatriotas, en la actual coyuntura de crisis de la construcción europea, que refleja precisamente las dudas acerca del rumbo que ésta debe tomar. En más de un aspecto, y el autor no deja de señalarlo, los europeos dudan entre lo que Rifkin llama su «sueño» y lo que queda, pese a todo, del otro: muchos, británicos en particular, prefieren una simple zona de libre comercio, prácticamente sin mecanismos correctores de la «economía de mercado» de una competencia feroz, como prefieren unos, en particular en Gran Bretaña, pero también en otras partes, o hacia una profundización de la Unión con una creciente convergencia de políticas no sólo macroeconómicas y monetarias sino también fiscales y sociales, en vista especialmente de evitar una competencia ruinosa para los estados y los asalariados, posición que representaba sobre todo en los países fundadores como Francia, Alemania y Bélgica. Sin olvidar los importantes beneficios de una mayor cooperación tecnológico-científica y educativa, ni el papel de los fondos estructurales que contribuyeron tan notablemente al despegue de economías como la irlandesa y la española y que podrían también, de existir la voluntad política y consecuentemente los medios financieros necesarios, tener los mismos efectos en los países del antiguo bloque soviético.

No fue el voto negativo de franceses y holandeses que provocó la crisis; fue la crisis subyacente en torno a todas estas cuestiones y a una globalización poco controlada la que hizo que éstos emitieran aquel voto dirigido también contra una Unión Europea vista como incapaz de defender con eficacia los intereses fundamentales de sus ciudadanos. Porque, como dice con razón otro observador esta-

dounidense lúcido, George Soros, el problema fundamental de la globalización es que los ganadores nunca están dispuestos a compensar a los perdedores, y, podría agregarse, también porque la Europa actual no ha forjado los instrumentos adecuados para asegurar tal compensación, como lo muestran las discusiones actuales sobre la invasión de textiles chinos, el desempleo en auge y las deslocalizaciones.

El «sueño europeo» de una suerte de capitalismo humanizado, suavizado, ecológicamente responsable, más equilibrado por importantes prácticas de solidaridad hacia los grupos sociales, regiones y países desfavorecidos, y fortalecido por actividades resueltamente orientadas hacia el futuro, como la cooperación tecnológica y científica, está siendo rediscutido acaloradamente, y no pocos quieren tirarlo por la borda en beneficio del «modelo anglosajón» liberal, que creen más eficiente, mientras que aquellos que quieren salvarlo ante los embates de la globalización liberal divergen sobre las formas de modernizarlo y de adaptarlo a las circunstancias del presente. Pero como explica el autor, la Europa contemporánea tiene aquí varias buenas lecciones que dar a otras partes del mundo, incluso a los Estados Unidos inmerecidamente todavía tomados, por numerosos analistas, como el modelo a seguir. En realidad, enfatiza, ese «sueño americano» y ese modelo están en plena decadencia. La obra de Jeremy Rifkin describe con maestría a la vez los orígenes históricos, las dificultades y el alcance de estos debates ante los graves interrogantes del mundo del siglo XXI. El optimismo fundamental que refleja el título del libro parece algo excesivo y se encuentra seriamente cuestionado por la aguda crisis de mediados de 2005. Una crisis, conviene enfatizar, que sin duda no fue *causada* por el rotundo «no» francés y holandés al «Tratado constitucional» sino que, muy al contrario, fue, ella misma, la *causa subyacente* de estos votos, sobre todo la falta de rumbo y de coherencia. Pero hechos contemporáneos como la acción imperial de Estados Unidos en Irak y su ceguera en materia de cambio climático y de voracidad energética confirman la mayor sensatez del «sueño europeo» en relación a aquel del otro lado del Atlántico Norte, cada vez menos creíble. Debe esperarse sin embargo por lo tanto, para Europa y también para el resto del mundo, y tal vez muy particularmente para América Latina, que la Unión Europea pueda encontrar en su propia crisis misma una inspiración útil, que termine por verse confirmada poco a poco por los próximos pasos, aunque retrocesos temporales, tal vez importantes, aparezcan como probables a corto plazo. Pese a las aberraciones históricas no tan lejanas del Viejo Mundo y de sus errores más recientes, comparativamente leves sin duda, y pese también a los elementos todavía rescatables del «sueño americano», Europa tiene seguramente, en términos generales, recetas bastante mejores que ofrecer al mundo que su vieja y desorientada prima hermana, a la vez aliada y rival, ejemplo a seguir sin duda en algunos campos pero a rechazar decididamente en varios aspectos claves, comenzando con la visión global del hombre, de la ciencia y la tecnología, de la naturaleza y del mundo en general.

«Estamos viviendo una época agitada. Gran parte del mundo se halla ensombrecido, lo que deja a muchos seres humanos sin un rumbo claro», concluye con

razón el autor. Y, con la importante salvedad de tener en cuenta la obvia distancia entre las buenas intenciones y las realidades concretas no pocas veces bastante menos brillantes -que se trate de economía o de ecología, de sociedad o de política interior e exterior-, podríamos también concordar con las últimas frases: «El sueño europeo es un faro en un mundo convulso. Su luz nos señala una nueva era de inclusión, de diversidad, de calidad de vida, de solidaridad, de desarrollo sostenible, de derechos humanos universales, de derechos de la naturaleza y de paz en la Tierra. Los norteamericanos solíamos decir que vale la pena morir por el sueño americano. El nuevo sueño europeo es un sueño por el que vale la pena vivir.» (p. 498). Sería interesante, para observadores de otras partes del mundo, proyectar también esta reflexión hacia los impactos de estos mismos «sueños» en sus propias sociedades y ver cómo se relacionan, por ejemplo, con el ya bien arraigado escepticismo argentino o el tradicional optimismo de «Brasil, país del futuro» ..., proverbial no menos conocida

**Aníbal Jáuregui**, *Brasil-Argentina. Los empresarios industriales, 1920-1955*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004, 175 pp.

Los estudios sobre el empresariado latinoamericano están cobrando nuevos bríos con la superación de los enfoques ideologizados o sociológicos tradicionales que predominaron por décadas. Nuevas miradas han puesto bajo la lupa la racionalidad de la acción colectiva de estos grupos sociales cuyas actitudes y conductas parecían no coincidir con sus supuestos intereses históricos. En este camino era notorio cierto retraso; hace ya tiempo que las indagaciones sobre el movimiento obrero abandonaron perspectivas clasistas reduccionistas para explicar porqué esos actores habían adoptado determinados senderos de comportamiento en el espacio latinoamericano y ello no era de manera alguna una “anomalía” de acuerdo a su pertenencia de clase. Las “estructuras del sentir”, las experiencias, las actitudes y percepciones y la lógica de la negociación con la esfera sindical, patronal y estatal abrieron muy ricas posibilidades para desentrañar la “acción” de aquella fracción social. Lamentablemente, la renovación señalada no tuvo correlato en los análisis sobre el empresariado, en términos generales descuidados por los intelectuales debido a prejuicios o falta de anclaje teórico respecto a otros actores sociales, en apariencia más atractivos.

Lejos quedaron los enardecidos debates de los años sesenta sobre las potencialidades de los empresarios industriales en Latinoamérica que presentaron una burguesía nacional carente al parecer de “intereses históricos” distintos de sus “intereses presentes”; en esencia, era esa una distinción falsa que transplantaba la clásica distinción marxista entre los intereses inmediatos e históricos del proletariado, vinculados a la posibilidad de crear un nuevo tipo de sociedad asentada en

la propiedad colectiva de los medios de producción. Pero ¿cuáles eran los intereses históricos de los empresarios industriales? ¿Cuál era la sociedad distinta que podía crear la burguesía industrial en estos atrasados países si se encontraba ligada desde su nacimiento a los grupos terratenientes y al capital extranjero? Sus intereses históricos coincidían con los presentes y las tareas políticas asomaban como desmedidas (o en otras palabras los empresarios industriales eran débiles): expulsar al imperialismo y doblegar la resistencia de los terratenientes para poder desarrollar un capitalismo nacional basado en el poder de la industria local. Seguir anclado en esos términos no parecía ser muy sensato en los años noventa; la historia había saldado la discusión, buena parte de los empresarios nacionales vendieron sus compañías al capital extranjero y prácticamente desapareció el actor social capaz de movilizarse en pos de un proyecto nacional. En consecuencia, esa mirada no parece ser hoy una buena guía de investigación, aunque los debates de los sesenta y primeros setenta no están agotados, en la medida en que, revisitados, permiten focalizar en la conformación y características de la clase dirigente y en particular de la denominada burguesía industrial.

En los últimos años, perspectivas más amplias y flexibles permitieron dar un giro a los estudios sobre el empresariado como motor del desarrollo económico. En última instancia los debates sobre la burguesía nacional, a los fines académicos, se referían a sólo una dimensión necesaria del análisis (el estudio de las características de los empresarios industriales); la otra, no menos relevante, y que debe partir de la primera, se vincula al particular "enraizamiento" entre sociedad civil (en este caso empresarial) y el Estado, puesto que ese eje puede brindar luz no sólo acerca de esa relación y sobre los agentes comprometidos, sino también respecto a las características del cabildeo como factor estimulador o inhibidor del desarrollo económico. El libro de Aníbal Jáuregui que comentamos transita este eje a todas luces más alentador y rico.

*Brasil-Argentina...* recala en la participación y representación política de los empresarios industriales para interpretar el proceso de desarrollo económico desde una perspectiva comparada. El interrogante central que vertebra el estudio puede sintetizarse como sigue: ¿por qué Brasil resultó más exitoso a la hora de impulsar el desempeño económico que la Argentina? La respuesta del autor se centra no tanto en las características y/o naturaleza de los empresarios sino más bien en su capacidad organizativa y en las posibilidades de encontrar un Estado receptor y disciplinador a la vez de las demandas empresariales. Y es el tratamiento de esa problemática desde una metodología comparativa el primer gran mérito de la obra.

El estudio está estructurado en cinco capítulos (y un sexto dedicado a las conclusiones) con una introducción que presenta los lineamientos generales. El primer capítulo analiza los orígenes y conformación de los sindicatos empresariales en Brasil y Argentina donde Jáuregui observa rápidamente fórmulas divergentes de participación y acción colectiva. La inclusión de los empresarios al Estado en Brasil resultó muy temprana, ya en tiempos del Imperio. La República permitió la emergencia de un "corporativismo privado" y un aglutinamiento de los industria-

les con perfiles propios. Después del treinta, el estado *varguista* buscó trasladar al interior de la estructura burocrática las demandas y relaciones de las corporaciones empresariales con el propósito de definir políticas económicas. De este modo se convirtió "a las asociaciones representativas de la patronal en actores centrales de la negociación interburocrática entre los diversos estamentos públicos" (p. 38). Por su parte, en cambio, las organizaciones empresariales argentinas estuvieron desde sus comienzos menos integradas al Estado y muy dispersas. Pero sería el peronismo en los años cuarenta quien impondría un sistema de representación donde los empresarios tenían una limitada autonomía para incidir sobre las políticas públicas y para morigerar la capacidad de acción del movimiento obrero. El empresariado argentino no habría entonces podido estructurar un mecanismo de representación de intereses funcional a su configuración como actor relevante en la escena nacional. "La solidez de la estructura sindical brasileña, que resistió exitosamente el proyecto de reforma nacido del Estado Novo -nos dice el autor-, contrasta notablemente con la fragilidad expuesta por las organizaciones empresarias de la Argentina, que fueron disueltas por el peronismo en ascenso" (p. 39).

El segundo capítulo bucea la relación concreta que se estableció entre empresarios y agencias estatales en relación a las medidas de regulación económica. También allí sobresale lo disímil de las experiencias nacionales. En el caso de Brasil, las continuidades de las políticas públicas, más allá de las cambiantes condiciones políticas y la institucionalización de la participación del empresariado en el diseño de esas políticas parecen ser la clave que hace la diferencia respecto a la Argentina. En Brasil, la regulación negociada del mercado tuvo orígenes en el Estado, aunque se hacía de acuerdo a las demandas empresariales. El proceso posterior de centralización del poder y de desarrollo de los aparatos estatales no condujo a un debilitamiento de las elites económicas y su lugar no fue afectado por la emergencia del *trabalhismo*. En la Argentina, la regulación negociada del mercado habría tenido una forma diferente, "empezando de abajo hacia arriba" puesto que fueron los ganaderos y agricultores quienes demandaron al Estado medidas para enfrentar los perniciosos efectos de la crisis económica de 1929. La creación de comisiones mixtas entre burócratas y empresarios industriales fue muy limitada, además de que estas agencias resultarían particularmente afectadas por el proyecto "estatista" peronista que relegaría a un muy segundo plano los mecanismos orgánicos de participación empresarial.

Los apartados tres y cuatro se refieren a las medidas de protección y de legislación laboral vigentes en ambas economías y las propuestas que en ese sentido presentaron los empresarios. Indudablemente estas problemáticas constituyeron factores aglutinantes de los empresarios en sus asociaciones durante el predominio de la exportación primaria. Después de 1930, en Brasil, la capacidad organizativa del sector se apoyó en la constante participación de los industriales en el parlamento, el Consejo de Tarifas y en otras estructuras burocráticas que definían políticas hacia el sector. Por su parte, los industriales argentinos, revela el autor, carecían de esa presencia institucional en momentos en que la protección del sec-

tor manufacturero era poco discutida. Más tarde, y fundamentalmente después de la Segunda Guerra Mundial, las políticas cambiarias fueron las determinantes del comercio de importación y las que en definitiva permitían impulsar o no determinadas actividades. Ese pasaría a ser entonces el centro de los reclamos de los empresarios. En este punto, si bien el autor analiza una problemática central, no debe descuidarse que los reclamos y preocupaciones del sector incluían una variada gama de temas, principalmente después de 1940, como la participación concreta que el Estado tendría en el desarrollo económico no sólo como empresario sino también como promotor de la industria, la posición de los sectores militares, el problema del financiamiento específico del sector, etc.

Finalmente, un quinto capítulo condensa el estudio de las relaciones entre el Estado y las elites empresariales. El punto de vista que adopta el autor es que el proceso de acumulación surge de una acción mancomunada del Estado y los empresarios capaz de garantizar las condiciones de reproducción social. Aquí se encuentra el meollo de la tesis de Jáuregui y su segundo gran mérito, al escudriñar en la capacidad organizativa de los industriales como condición indispensable para el logro de una influencia duradera sobre la dirección de la intervención económica estatal que finalmente redunde en la formulación de proyectos industriales coherentes y con meritorio grado de aceptación por otros sectores sociales. En Brasil, el derrumbe del sistema oligárquico abrió camino a la incorporación de los industriales al Estado. El varguismo triunfaría allí donde el peronismo no pudo hacerlo: la constitución de un aparato estatal con capacidad para implementar políticas de desarrollo. Precisamente, uno de los problemas de la Argentina radicaría en la inexistencia de un sistema acabado de representación de los intereses industriales y de redes orgánicas de influencia sobre la esfera estatal. La irrupción del peronismo no haría entonces más que consolidar la separación de los industriales y el Estado. En efecto, la participación empresaria en la vida política en nuestro país, señala Jáuregui, fue mucho más errática y careció de la fuerza que "otorga la organicidad de la influencia". Así, el modelo desarrollista brasileño estuvo acompañado por la inclusión del empresario como socio privilegiado del Estado, "estableciéndose una sociedad sobre la base de la participación de estas asociaciones en los consejos técnicos y las agencias estatales" (p. 155). En cambio, la aparición del régimen peronista condujo al sector empresario a un lugar subordinado en el esquema de poder en el que las demandas y el protagonismo de los industriales eran canalizados individualmente.

En suma, la riqueza y fortaleza del aporte de Aníbal Jáuregui radican en la búsqueda en el pasado (antes de 1955) de las fallas en la constitución de una economía de desarrollo en la Argentina y en el éxito de la otra, Brasil, a la luz de la relación establecida entre empresarios industriales y Estado. No obstante, este también puede ser a la vez un punto débil en tanto a lo largo de la obra se perfila subyacente una interpretación teleológica, donde el divergente destino manifiesto de ambos países encuentra raíces muy tempranas. Ciertamente es que en Brasil se estructuró un particular "Estado desarrollista", pero éste no debe sobreestimarse. Por un lado, porque una serie importante de estudios han señalado las diferencias

entre Brasil y el tipo ideal de Estado desarrollista, sólo limitado a algunos “reducidos de eficiencia”; y por otro, porque la gestación de una estructura burocrática con relativa independencia de las fluctuaciones políticas y económicas orientada hacia la promoción del sector industrial fue básicamente una conformación posterior a los años cincuenta.

En este sentido, la escasa institucionalización del empresariado industrial en la Argentina no necesariamente debía recaer en la constitución de un “estado predatorio” y de ello daría cuenta el importante crecimiento y madurez de su estructura productiva hacia fines de los años sesenta, cara a cara con las capacidades estatales para generar políticas industriales relativamente coherentes. Las diferencias observables en ambas experiencias, a ojos contemporáneos, encuentran razones no sólo en las dificultades para estructurar un Estado integrador y receptor de las demandas de los empresarios industriales sino también en la gestación de las propias capacidades burocráticas, del grado de autonomía y coherencia corporativa y, obviamente, en el peso de otros actores sociales poderosos como los terratenientes, el capital extranjero y los sindicatos. La ausencia de un grupo social hegemónico con un proyecto político y económico de largo plazo es probable que haya otorgado al conjunto del sistema gran precariedad y arbitrariedad.

Es cierto que la no institucionalización de las demandas empresariales termina por hacer predominar una “economía de saqueo” que conduce a los empresarios a tener posiciones que no necesariamente son las más adecuadas en términos del desarrollo social. Pero también la inestabilidad político-institucional a partir de los años cincuenta derivada de las múltiples demandas políticas y sociales actuó en el caso argentino a favor de la irracionalidad de la política económica. Dadas las características de los marcos donde se desempeñaban, es probable que los empresarios hayan usado más sus energías para maximizar sus influencias que para incrementar la eficiencia de sus empresas. La inestabilidad de las variables económicas, producto de las pujas de intereses, de las demandas fragmentadas y la incoherencia estatal, acentuó a su vez hasta los extremos la imprevisibilidad institucional.

Evidentemente, existían raíces y rasgos previos relacionados al proceso de institucionalización de los empresarios industriales sobre los que se asentó esa conformación pero no necesariamente eran los más destacados. Aníbal Jáuregui lo advierte cuando señala que los factores que influyen en los resultados de los procesos de industrialización son muy variados: “los recursos naturales..., la cantidad de población, la distribución de los recursos en el espacio geográfico, la naturaleza de los regímenes políticos, el peso de la determinación política favorable al desarrollo industrial, la capacidad para articular las diversas regiones en un proyecto nacional, para generar reglas de competencia en el mercado, la articulación de las relaciones de trabajo... en esa lista hay que destacar el peso de las instituciones estatales y privadas en la adopción de medidas tendientes a favorecer el desarrollo” (p. 157).

En suma, *Brasil-Argentina, Los empresarios industriales 1920-1955* presenta una serie de estimulantes reflexiones sobre las características que adquirió

el particular “encastramiento” entre Estado y empresarios en dos países cuyas trayectorias fueron parcialmente diferentes; asimismo permite situar la discusión por fuera de aquella menos rica que recalaba, y aún lo hace con persistente ingenuidad, en la existencia o no de una burguesía industrial y en cambio centrarla en los mecanismos de organización de los industriales y su interrelación con el Estado como determinantes del impulso del desarrollo económico. Finalmente, la obra de Aníbal Jáuregui puede considerarse de consulta indispensable para todos aquellos que intentan explicar el dilema de la Argentina actual; de sus análisis y aportes pueden extraerse numerosos indicios para seguir indagando sobre el proceso económico de ambos países y también, por qué no, perspectivas esclarecedoras para los hacedores de política económica.

Marcelo Rougier

**Maristella Svampa**, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del liberalismo*. Taurus, 2005, 352 pp.

Este libro no es el primero que dedica Maristella Svampa al análisis de la nueva configuración social de la Argentina. Desde mediados de los años noventa la autora viene trabajando de manera interdisciplinaria con otros científicos sociales, elaborando diagnósticos, y problematizando el análisis de la nueva matriz social en la cual el neoliberalismo se consolidó no solo como una política económica, sino que adquirió las formas del Estado Nacional delineando un nuevo esquema de dominación, que transformó la organización económica, social y política de la Argentina.<sup>1</sup>

Este libro particularmente busca una comprensión integral desde la sociología política de la configuración de una sociedad excluyente, pero también agrega una

---

1. Las obras que pueden mencionarse como antecedentes al libro que aquí reseñamos son entre otros *Los reinos perdidos* (Sudamericana, 2005), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales; sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90* (Con Pablo Seman, Denis Merklen, Daniel Lvovich, Alejandro Isla, Gabriel Kessler, Javier Auyero. Biblos, 2004) y *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras* (Biblos, 2003). Esta bibliografía muestra de alguna manera la continuidad del compromiso de la autora en la tarea incesante de la indagación sobre las nuevas realidades que han estructurado la Argentina actual, y que bajo el resultado de las relaciones sociales que en ellas transcurren, continúan produciendo cambios en la configuración societal.

dimensión propositiva en cuanto la autora intenta presentar claves para el análisis de las modalidades de la acción colectiva y sus posibilidades contextuales de desarrollo. Entonces, no solo se concentra en la descomposición del orden social, sino también en las distintas alternativas de recomposición, a través de la revitalización de la acción colectiva, reflejadas en movimientos sociales.

El marco histórico que sirve de base al trabajo de Svampa tiene como principales características la entrada en una nueva etapa de acumulación de capital que en las últimas décadas produjo profundas transformaciones sociales en los procesos de organización social, en la reestructuración de las relaciones sociales y en los paradigmas o ejes de integración-exclusión.

La asimilación de la globalización con neoliberalismo aumentó las desigualdades al interior de las sociedades de países desarrollados y subdesarrollados. En estos últimos se crearon nuevos bolsones de pobreza y de marginalidad; subyace en su interior la nueva articulación entre la política y la economía cuyo resultado es un nuevo esquema de dominación estatal en el cual la política está subsumida a la economía. Así se configuran los contornos de la sociedad excluyente, determinada en sus relaciones y prácticas sociales por un proceso de “descolectivización” y movilidad descendente que devienen en fragmentación y polarización social. La profundización de la dependencia y de los procesos de transnacionalización del poder económico, se produjeron paralelamente a las reformas estructurales que afectaron hasta su desmantelamiento a las instituciones y marcos regulatorios que eran típicos del modelo de Estado de Bienestar o Social, caracterizado por la autora como “nacional popular”.

La autora pretende dar cuenta desde la sociología política de la deslegitimación del discurso único que dominó la Argentina en la pasada década. Su contribución busca en primer término demostrar y apoyar aquellos estudios críticos sobre las consecuencias de las reformas estructurales implementadas en los noventa. Agrega además un abordaje cualitativo que traza un panorama de la sociedad argentina a partir del análisis conceptual de las relaciones y prácticas sociales, dentro de las distintas clases sociales, entre ellas, y respecto de las instituciones políticas tradicionales y fundamentalmente con el Estado. En definitiva el aporte de la autora es ilustrar como bajo el contexto de la instauración institucional de las políticas neoliberales los factores sociopolíticos configuraron la sociedad excluyente, a través de la comprensión del juego dinámico entre las estructuras y los actores sociales, avanzando en la caracterización de los estilos de vida y en las modalidades del relacionamiento y de la lógica permanente de la descomposición y/o recomposición de la acción colectiva.

El libro se propone entonces analizar algunas de las dimensiones principales de las transformaciones mencionadas que pueden sintetizarse en la reconfiguración estructural de los años noventa. Para llevar adelante esta tarea, la autora ha dividido en tres partes la obra, cada una de las cuáles contiene tres capítulos.

La primera parte del trabajo, llamada “La gran mutación”, está destinada a realizar un recorrido histórico de la mutación estructural sufrida por la sociedad, la economía, el Estado y las instituciones políticas. El objetivo es aproximarse a tra-

vés de claves conceptuales al estudio del nuevo esquema de dominación política y sus transformaciones a la luz de la implementación de políticas neoliberales, así como su impacto en la redefinición de las figuras de la ciudadanía. La autora traza para ello distintas etapas de la historia política y económica argentina mediante las cuáles analizará el paso de la "matriz de Estado nacional popular" a una matriz de Estado neoliberal. El recorrido histórico comienza con el Proceso de Reorganización Nacional, el intento alfonsinista de reorientar la economía hacia la producción y el trabajo, y finalmente la presidencia de Menem. Al llegar a este punto, se destaca un corte severo respecto de los períodos mencionados, ya que el estudio sugiere que los gobiernos que siguieron al menemista, profundizaron el carácter de esta matriz neoliberal configurando una sociedad excluyente, institucionalizando el orden liberal y estructurando relaciones sociales bajo el criterio de la exclusión.

El cambio de matriz societal también provocó una nueva distribución del poder social en detrimento de los sectores populares; la consolidación institucionalizada del orden liberal implicó el desarrollo de estrategias de contención de la pobreza a través de la implementación de políticas asistencialistas, focalizadas a través de la distribución de los planes sociales y la asistencia alimentaria. El Estado y las organizaciones partidarias gestionan las necesidades básicas insatisfechas, dando un carácter de territorialización a la pobreza y a la marginalidad; pero también a la acción colectiva.

Este cambio en la matriz societal y la institucionalización del orden neoliberal tienen su correlato en el funcionamiento del sistema político. Al referirse a las instituciones políticas, la autora dará cuenta de la crisis de representatividad dada por el retroceso en la ciudadanía de vastos sectores de la sociedad y por la descolectivización, esta última profundizada por el debilitamiento de los lazos entre el Estado y la ciudadanía. Para explicar este proceso, toma a Guillermo O'Donnell, quien en diversos trabajos sobre esta problemática había advertidoras de ciudadanías de baja intensidad<sup>2</sup>.

En la segunda parte del libro, "La nueva configuración social", se analiza el proceso de transformación de las clases sociales, tanto en su interior como en su relacionamiento, impactando negativamente en las prácticas sociales y políticas. El intento de una construcción conceptual que permita demarcar no solo los contornos sino los sentidos que definen la sociedad excluyente se realiza teniendo como eje la comprensión de las transformaciones hacia el interior de las clases sociales desde una perspectiva dialéctica que se establece entre estructuras y prácticas sociales. Así se delinean las continuidades y rupturas en los sectores dominantes; luego la dinámica de fragmentación y empobrecimiento de las clases

---

2. Uno de los trabajos iniciales de Guillermo O'Donnell sobre la temática de las democracias delegativas y ciudadanía de baja intensidad, es "Estado, Democratización y ciudadanía" (1993).

medias y por último, los procesos de pauperización y territorialización de las clases populares.

Svampa señalará primero los cambios que a nivel mundial experimentaron las sociedades de los países desarrollados y subdesarrollados a la luz del neoliberalismo y su cristalización en estructuras económicas, políticas y sociales, tanto en la esfera colectiva como individual. Las consecuencias de la globalización de las relaciones económicas internacionales en su "versión neoliberal" fueron el debilitamiento de los marcos regulatorios asociados al modelo de acumulación garantizado por el Estado de Bienestar y la individualización de lo social, que especialmente en los países periféricos se articuló con el proceso de reestructuración general de la sociedad por medio de la erosión y posterior desaparición de las instituciones y regulaciones características de la matriz estatal nacional popular.

La globalización económica, conjuntamente con la globalización de las identidades individuales, contribuyó a una aceleración de una dinámica de individualización de la sociedad y a la profundización de nuevas desigualdades sociales que dislocaron los patrones sociales, culturales y organizativos que durante décadas habían dado forma al espacio de lo público y a las reglas de interacción entre los diferentes actores sociales.

En los contornos de la sociedad excluyente, los principios y patrones de referencia para los actores que en ella se hallan insertos no son inamovibles: la dinámica de las relaciones y de las prácticas sociales forman parte de un escenario en permanente conflicto y transformación, en el cual las instituciones políticas tradicionales como mediadoras no aparecen precisamente preparadas para traducir el conflicto institucionalmente y mantener el espacio de lo público. El menemismo creó un Estado a la medida de la preservación en el poder de las estructuras políticas y burocráticas técnicas de actores representantes de los intereses neoliberales. Por tanto, la forma en que el Estado, la burocracia y la dirigencia política se manifiestan a través de distintas formas de intervención en la sociedad, se asocia estrechamente a las formas de socialización. No solo podemos distinguir entonces entre ciudadanías de baja o alta intensidad, sino espacios de socialización diferenciados a partir de las pautas de inclusión y de exclusión, que fragmentan la configuración de un todo social. Un ejemplo de ellos son las urbanizaciones privadas que han crecido enormemente en los últimos años y representan una forma de segregación de la sociedad, en las que se disuelven las formas tradicionales de la solidaridad.

Lejos de una perspectiva estática y de una aparente construcción verticalista del resultado de las mutaciones en el esquema de dominación política, en la tercera parte del libro, denominada "La acción colectiva, de la crisis a las nuevas formas de resistencia al modelo neoliberal", la autora sugiere una perspectiva propositiva en la cual postula como movimiento ascendente la recuperación de nuevas modalidades de acción colectiva sobre todo en ciertas franjas de la clase media - los sectores empobrecidos - y las clases populares. Este enfoque busca emplazar la doble dinámica y vitalidad de lo social, es decir, "la compleja dialéctica que es posible establecer entre fases y procesos de descomposición y recomposición

social". A la luz de la creación de nuevos lazos sociales dotados de una significación socio política y económica diferente a la histórica tradicional, la búsqueda se relaciona con la comprensión de las nuevas formas de resistencia.

Así presenta algunas experiencias emblemáticas que ilustran las acciones emergentes producto de las transformaciones mencionadas a partir del planteo de tres fases históricas para su evolución. La primera transcurre desde 1989 a 1995, en la cual los actores centrales de la acción colectiva fueron los sindicatos vinculados con el Estado, como CTERA y ATE. Asimismo, destaca el surgimiento de la CTA y de la CCC. En una segunda fase que se extiende desde 1996-1997 hasta el 2001, el centro de la escena fueron las organizaciones de desocupados, con levantamientos de localidades petroleras del interior país y movilizaciones territoriales en el conurbano bonaerense. Finalmente la fase que se inició luego de las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001, otorgó un mayor impulso a las organizaciones de desocupados y al ingreso de nuevos actores y espacios sociales en la agenda pública, como asambleas barriales, fábricas recuperadas, colectivos culturales, etc. El período para la autora tiende a cerrarse hacia mediados del 2005, cuando la recuperación económica relega la acción colectiva y la solidaridad por una vuelta a "la normalidad" y a las demandas de seguridad, en un contexto de estigmatización y criminalización del conflicto social, especialmente con el cuestionamiento a las organizaciones piqueteras.

Ante la recuperación económica, la organización social y de la acción colectiva encuentran limitaciones, no sólo en su impulso sino en sus condiciones de posibilidad institucionales. Svampa parece privilegiar la dimensión institucional vertical, reconociendo escasamente la valoración que ella misma otorga al surgimiento de estas nuevas modalidades de participación social de los sectores populares. La falta de una agenda pos neoliberal que rearticule la relación entre la política y la economía presentada como una problemática, puede comprenderse a partir de la consideración que desde los ámbitos económicos y políticos no haya voluntad política de institucionalizar estos movimientos sociales, y más aun, desde estos movimientos sociales puede no existir la voluntad política (sin por ello ser la voluntad de la nada) de pertenecer y adecuarse a estructuras institucionales que desactiven la organización y la acción colectiva.

El optimismo de la autora en términos de las nuevas modalidades de la acción colectiva, contiene una perspectiva negativa respecto de la capacidad de éstas de lograr la recomposición del orden social entendida a partir de los conceptos de integración y solidaridad social. En efecto, la multiplicidad de sociedades, suerte de islotes, caracterizadas por lógicas sociales heterogéneas, que multiplican rasgos de jerarquía y de desigualdad, impediría a la autora hacer que este campo de fuerzas societal (definición que toma de Edward Thompson) supere la instancia de democracia delegativa. La clave de la explicación estaría en la continuidad, al menos en la actual administración de la articulación, entre el modelo decisionista, la tradición populista y la tradición desarrollista. La autonomía de los actores aparece como un asunto impensado para la tradición populista y sus herederos.

La visión desarrollista postula el privilegio de una política de crecimiento económico, en desmedro de una política de redistribución social.

En los comentarios finales, además de continuar con una postura crítica hacia la criminalización del conflicto social, deja planteado el desafío para que los intelectuales realicen no solo el diagnóstico de la sociedad excluyente, sino que avancen hacia la diagramación de formas y sentidos que representan a aquellos que han resultado excluidos y marginados del nuevo esquema de dominación política. Las modalidades de la acción colectiva aparecen como valiosos ejemplos que permiten repensar la recomposición y reconstrucción de la sociedad y de la ciudadanía a partir de un largo proceso cuya fuente principal de sentido estará dada a partir de la elaboración horizontal de prácticas y conceptos que permitan plantear un nuevo lenguaje en lo social, lenguaje que precisamente evite el vacío de contenido de las prácticas sociales.

Romina Kasman